

¿QUÉ ES CHERUB?

CHERUB es una rama del servicio de inteligencia británico. Sus agentes tienen entre diez y diecisiete años. Los querubines son huérfanos que han sido reclutados en casas de acogida y entrenados para trabajar en misiones secretas. Viven en el campus de CHERUB, un complejo secreto situado en algún lugar de la campiña inglesa.

¿QUÉ UTILIDAD TIENEN LOS NIÑOS?

Mucha. Nadie sospecha que puedan estar participando en una misión secreta, lo que significa que tienen más probabilidades de conseguir cosas que a los adultos les resultarían muy difíciles de obtener.

¿QUIÉNES SON?

En el campus de CHERUB viven unos trescientos niños. JAMES ADAMS, de trece años, es nuestro héroe. Es un agente muy respetado y cuenta en su haber con tres misiones exitosas. Su hermana de diez años, LAUREN ADAMS, es una agente novata a la que aún le falta experiencia. KERRY CHANG, la novia de James, nació en Hong Kong y es campeona de kárate. Entre los amigos más cercanos de James en el campus debemos mencionar a BRUCE NORRIS, GABRIELLE O'BRIEN, SHAKEEL DAJANI y los gemelos CALLUM y CONNOR REILLY. Su mejor amigo es KYLE BLUEMAN, de quince años.

¿Y LAS CAMISETAS?

Los querubines se clasifican según el color de la camiseta que llevan en el campus de CHERUB. El NARANJA es para visitantes. El ROJO es para niños que viven en el campus, pero son demasiado pequeños para ser considerados agentes. El

AZUL es para aquellos que están pasando por la fase más dura, el entrenamiento básico, de cien días de duración. El GRIS significa que el chico ya está cualificado como agente. El AZUL MARINO es la recompensa por una actuación destacada en una misión. Si el chico sigue haciéndolo bien, acabará su trayectoria en CHERUB llevando una camiseta NEGRA, el máximo reconocimiento a la excelencia como agente. Y cuando se retire, a los diecisiete años, obtendrá una camiseta BLANCA, que es también la que lleva el personal.

AGOSTO DE 2004

Las dos amigas, ambas de trece años, llevaban pantalones cortos de nailon, camiseta sin mangas y sandalias. Jane estaba apoyada contra el murete del bloque de apartamentos donde vivían, y se apartaba mechones de pelo de la cara sudorosa. Hannah estaba sentada sobre los escalones de cemento, a un par de metros de su amiga.

—Uf, qué muermo —resopló Jane.

Hannah entendía su mal humor. Se encontraban a mitad de las vacaciones de verano, y sin duda aquél era el día más bochornoso del año. Ambas muchachas estaban sin blanca, irritadas por el calor y hartas de su mutua compañía.

—Me pongo a sudar sólo de verlos —dijo Hannah, mirando a los chiquillos que chutaban un balón de fútbol por la cancha de asfalto que había a menos de veinte metros de distancia.

—Antes nosotras también correteábamos así —recordó Jane—. No jugando al fútbol, pero sí en carreras de bicis y esas cosas.

Hannah no pudo reprimir una sonrisa mientras su mente viajaba hacia el pasado.

—El Gran Premio con las bicis de Barbie —asintió, viéndose a sí misma sobre una pequeña bicicleta rosa; los blancos radios parecían uno solo mientras ella sorteaba los huecos que había entre las losas de hormigón. La abuela de Jane siempre se sentaba en una tumbona para vigilarlas desde allí.

—Tú y yo teníamos que hacerlo todo exactamente igual —apuntó Jane al tiempo que contraía los dedos de los pies.

El recuerdo de los viejos tiempos se vio bruscamente interrumpido por un balón de fútbol que pasó rozando el cabello de Hannah e impactó contra la pared de detrás; Jane se libró por unos centímetros.

—¡Por Dios! —soltó Hannah con un grito ahogado.

Atrapó la pelota cuando ésta empezaba a bajar los escalones junto a ella. Un chaval llegó corriendo al pie de los mismos; tenía nueve años, una camiseta del Chelsea atada alrededor de la cintura, y una ristra de huesudas costillas que se le marcaban con cada respiración.

—Dámela —jadeó, tendiendo las manos.

—¡Casi me revientas la cara! —espetó Jane—. Por lo menos podrías pedir perdón.

—No ha sido aposta.

Los otros chiquillos se acercaron, molestos por la interrupción del partido. Hannah sabía que había sido un accidente, y estaba a punto de entregarles el balón cuando uno de los muchachos le soltó una insolencia:

—Venga ya, foca, devuélvenos la pelota.

Era el mayor, un pelirrojo de diez años y cabello muy corto.

Hannah se abrió paso entre un par de torsos sudorosos y se encaró con él, apretando el balón entre las manos.

—¿Me repites eso, Ginger?

Hannah era tres años mayor que él y lo superaba en altura y peso. Así que Ginger optó por mirarse las Nike sin decir ni pío, mientras sus camaradas aguardaban a que se le ocurriese una buena salida.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —lo pinchó Hannah, disfrutando del apuro del chaval.

—Sólo quiero la pelota —contestó finalmente.

—Pues entonces ve por ella.

Hannah soltó el balón y le dio una patada antes de que tocara el suelo. Habría sido perfecto con zapatillas, pero mientras el balón salía disparado hacia los palos de la portería más lejana, la sandalia de la muchacha fue tras él.

Ginger retrocedió ágilmente y la atrapó en el aire. Encantado con aquella ventaja inesperada, esbozó una sonrisita y se la llevó a la nariz para olfatearla.

—Te apestan los pies, tía. ¿Es que no te lavas? —se burló.

Hannah alargó la mano hacia su sandalia mientras los jóvenes futbolistas se reían, pero Ginger la puso fuera de su alcance y la lanzó por debajo del brazo a uno de sus compañeros. A la muchacha se le clavó la gravilla en el pie al ir a trompicones hacia su nuevo burlador. Se sentía como una idiota por dejar que aquella pandilla de mequetrefes le tomara el pelo.

—Dame ese zapato o te parto la cara —gruñó.

La sandalia volvió a cambiar de manos cuando Jane acudió en ayuda de su amiga.

—¡Devolvédsele! —bramó.

Cuanto más se sulfuraban las chicas, más reían los chicos, que habían empezado a separarse previendo un largo juego. De pronto, Jane reparó en que la cara se les demudaba.

Hannah también percibió que algo iba mal. Se giró de repente, y con el rabillo del ojo captó algo que descendía a gran velocidad y se estrellaba contra el suelo. Chocó contra la barandilla de metal de los escalones y cayó en el punto exacto que ella ocupaba sólo un minuto antes.

Hannah se quedó helada al ver la abolladura de la barandilla. Cuando su cerebro volvió a funcionar, los aterrorizados futbolistas ya habían abandonado su sandalia y se dispersaban en todas direcciones. Los ojos de la muchacha se quedaron fijos en la suela gastada de una zapatilla de chico. Sobre el metal retorcido y el polvo sobresalía un trasero vestido con vaqueros. Hannah sintió el impacto de la adrenalina al reconocer el destrozado cuerpo y empezó a gritar.

—¡Will...! ¡No, por amor de Dios...!

El chico parecía muerto, pero no podía ser verdad. Hannah se cubrió la cara con las manos y chilló hasta desgañitarse. Se dijo que aquello era una pesadilla. Esas cosas no pasaban en la vida real. Despertaría dentro de un minuto y todo habría vuelto a la normalidad...

1. UNIFORME

Durante los tres últimos años, George Stein ha trabajado como profesor de Economía en el exclusivo colegio Trinity Day, cercano a Cambridge. Recientemente ha salido a la luz cierta información que sugiere que Stein puede tener vínculos con el grupo ecoterrorista Ayuda a la Tierra.

(Extracto del informe de una misión CHERUB para Callum Reilly y Shakeel Dajani.)

Junio de 2005

Era un bonito día y aquella parte de Cambridge tenía el aroma del auténtico dinero. Los impecables terrenos eran cuidados por jardineros profesionales, y a James se le cayó la baba con los carísimos cochazos alemanes aparcados en los senderos de acceso. James iba con Shakeel, y ambos se sentían acomplejados con el uniforme de verano del colegio Trinity, que consistía en camisa blanca, corbata, pantalones grises con ribete naranja, un *blazer* naranja y gris, y una gorra de fieltro a juego.

—Te lo digo en serio —se quejó James—: aunque lo intentaras con todas tus fuerzas, no creo que se te ocurriera una manera de hacer más ridículo este uniforme.

—No estés tan seguro —repuso Shakeel—. Podríamos llevar plumas de perdiz en el sombrero o algo así.

—Y estos pantalones eran para el esmirriado de Callum. Me están destrozando lo que tú ya sabes.

Shak no pudo evitar ver el lado gracioso de la incomodidad de su amigo.

—No puedes culpar a Callum por retirarse de la misión en el último minuto. Es cosa de ese virus estomacal que ronda por el campus.

James asintió.

—Yo lo tuve la semana pasada —dijo—. Prácticamente no salí del váter en dos días.

Shak miró el reloj por enésima vez.

—Tenemos que apretar el paso.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó James.

—Éste no es uno de esos centros públicos de Londres, lleno de embrutecidos hinchas del Arsenal como tú —explicó Shak—. El Trinity es uno de los principales colegios privados del país, y a los alumnos no se les permite pasearse por los pasillos cuando les apetece. Nuestra llegada tiene que coincidir con la pausa entre la tercera y la cuarta hora, cuando hay cientos de chavales cambiando de aula.

James asintió.

—Entendido.

Shak miró el reloj otra vez mientras atajaban por un callejón adoquinado con la anchura justa para un coche.

—Venga, James —urgió a su amigo.

—Eso intento. Pero si no voy con cuidado, acabaré reventando estos pantalones.

Tras discurrir entre dos grandes casas, el callejón desembocaba en un parque abandonado con hierba hasta las rodillas y unos columpios desvencijados. A la izquierda había una verja de tela metálica rematada con alambre de púas, detrás de la cual se hallaban los terrenos del Trinity Day. Las puertas principales estaban controladas durante las horas lectivas, de forma que aquél era el único modo que tenían de acceder al interior.

Shak cruzó la alta hierba hasta alcanzar la valla, pisando con cuidado para esquivar excrementos y basura, y buscó la entrada que la noche anterior había practicado un agente del MI5. Encontró la abertura en la alambrada detrás del tronco de un enorme árbol, lo que les permitiría colarse en el colegio sin que los vieran.

Shak se quitó la gorra y habló con un acento tan pretencioso como su uniforme:

—Después de ti, James, querido amigo.

James lanzó su mochila y su gorra por la abertura antes de pasar él. Se apoyó contra un árbol para sacudirse la tierra de la ropa mientras Shak se colaba.

—¿Todo en orden? —preguntó James, colgándose la mochila del hombro. Pesaba una tonelada, y el equipo que llevaba dentro repiqueteó.

—La gorra —le recordó Shak.

James se agachó para recogerla entre la hierba. Sonó un timbre en el colegio, a más de cien metros de distancia, lo que indicaba el cambio de clases.

—De acuerdo, en marcha —dijo Shak.

Los chavales salieron de los árboles y echaron a correr por un campo de rugby en dirección al edificio principal. Al hacerlo, advirtieron que un encargado de mantenimiento se encaminaba resueltamente hacia ellos desde el otro extremo de la cancha.

—¡Eh, vosotros! —bramó el hombre.

Como James se había incorporado a la misión en el último momento para reemplazar a Callum, sólo había tenido tiempo de echar un breve vistazo a las instrucciones. Miró inquieto a Shakeel en busca de orientación.

—Tú tranquilo —susurró Shak—. Tengo una coartada.

El encargado los interceptó cerca de los postes. Era un tipo atlético, con un ralo cabello gris, botas de trabajo y un mugriento mono.

—¿Qué se supone que estáis haciendo aquí? —les preguntó.

—A la hora del almuerzo estuve leyendo debajo de un árbol —explicó Shak, señalando hacia atrás con el pulgar—. Y se me había olvidado la gorra.

—Conocéis las normas del colegio, ¿verdad? —repuso el encargado. Shak y James parecieron confundidos—. Claro que sí, las conocéis tan bien como yo. Si no estáis asistiendo a una clase, un partido o un entrenamiento oficial, no podéis pisar las canchas porque eso las desgasta innecesariamente.

—Tiene razón —asintió Shak—. Lo lamento, señor. Teníamos prisa por llegar a clase; eso es todo.

—Lo siento —coincidió James—. Pero los campos no están embarrados. En realidad no hemos provocado ningún daño.

El encargado tomó las palabras del muchacho como un desafío a su autoridad. Se inclinó de golpe y lo roció con saliva al hablar:

—Aquí las reglas las pongo yo, jovencito. Tú no decides cuándo puedes o no puedes poner el pie en mis canchas. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Dime tu nombre y tu grupo.

—Joseph Mail, del grupo King Henry —mintió, recordando uno de los pocos elementos de su falsa biografía que había logrado retener.

—Faisal Asmal, del mismo grupo —dijo Shak.

—De acuerdo.

El hombre hizo rebotar con aire de suficiencia los balones que tenía a sus pies.

—Informaré de lo sucedido a vuestro tutor, y espero que os ganéis un buen castigo por vuestra insolencia. Ahora será mejor que os marchéis a vuestra próxima clase.

—¿Por qué has tenido que replicarle? —masculló Shak irritado mientras se dirigían a la puerta trasera del colegio.

—Lo siento —contestó James—, pero es que se ha mostrado tan arrogante...

Cruzaron un par de puertas dobles para acceder al edificio principal del centro, subieron un pequeño tramo de escalones y llegaron al abarrotado pasaje que recorría la planta baja de un extremo a otro. Había bastante bullicio, pero los alumnos del Trinity caminaban con brío y, al entrar en las aulas, saludaban educadamente con la cabeza a los profesores que aguardaban ante la puerta.

—Qué montón de idiotas —murmuró James—. Te apuesto lo que quieras a que estos remilgados ni siquiera se tiran pedos.

Shak le explicó la situación mientras subían las escaleras hasta el segundo piso.

—Todos los chicos deben superar unos exámenes especiales y una entrevista personal para ingresar en el Trinity. Siempre tienen una lista de espera kilométrica, así que pueden permitirse expulsar a todos los que no acaten las normas.

—Pues yo no duraría mucho aquí —sonrió James.

Cuando llegaron al segundo piso, la mayoría de los estudiantes ya estaban en sus clases y habían cerrado las puertas. Shak sacó una pistola ganzúa del bolsillo de su *blazer* mientras pasaban entre dos aulas, y se detuvo ante una puerta cuya placa rezaba: «Dr. George Steiner - Licenciado en Ciencias - Director de Economía Política.»

Shak insertó el extremo de la ganzúa en la cerradura, mientras James permanecía a su lado para bloquearles la visión a un par de muchachos que esperaban fuera de un aula.

La cerradura tenía un mecanismo sencillo de una sola palanca, con lo que Shak sólo tuvo que mover un poco la pistola y apretar el gatillo para abrirla. Ambos entraron rápidamente en el despacho y echaron el pestillo.

—Se supone que Stein está dando una clase dos plantas más arriba —dijo Shak—. Tenemos hasta el próximo cambio de clases, dentro de treinta y seis minutos, así que manos a la obra.

2. TÉCNICA

Mientras Shak pasaba detrás del escritorio de Stein para bajar la persiana veneciana, James estudió la oficina. No contenía nada especial: una mesa y unas sillas funcionales, dos archivadores y un perchero. Shak empleó la ganzúa para abrir los ficheros de metal y empezó a examinar los documentos. Buscaba papeles relacionados con la vida personal de Stein, especialmente cualquier cosa que tuviese que ver con sus actividades a favor de grupos ecologistas.

James se sentó ante el escritorio y encendió el ordenador de Stein. Mientras el aparato arrancaba, sacó un diminuto portátil JVC de la mochila e instaló un cable de conexión entre ambos equipos. Cuando el ordenador de Stein pidió la contraseña, James no se inmutó. Accionando un juego de herramientas de pirateo informático en su aparato, comenzó a diagnosticar el sistema de Stein.

Una vez hubo obtenido la información básica sobre el disco duro del profesor y su sistema operativo, el muchacho abrió otro módulo del programa de pirateo que le permitiría acceder a todos los documentos de Stein.

—Como quitarle un caramelo a un crío —sonrió.

Cuando pudo ver los documentos y carpetas, clicó «copiar» y el portátil empezó a recibir todo el contenido del ordenador de Stein.

—¿Cuántos datos tiene? —preguntó Shak, abriendo el segundo cajón del archivador.

—Ocho coma dos gigabytes. Tardará seis minutos en copiarlo todo.

Mientras los ordenadores seguían trabajando, James apartó unos papeles de la mesa, se subió encima y se estiró para sacar el reflector de metal que cubría los tubos fluorescentes del techo. Brotó una nube de polvo que le hizo cosquillas en la nariz mientras escudriñaba la línea de tubos.

—Apaga la luz, Shak.

Éste se inclinó hacia un lado y pulsó el interruptor. James extrajo la clavija de un fluorescente antes de bajar al suelo. Rebuscó en su mochila, de donde sacó una clavija de plástico aparentemente idéntica; sin embargo, la pieza que había quitado costaba menos de una libra y el recambio, tres mil. Era un dispositivo de escucha, consistente en un micrófono del tamaño de una cabeza de alfiler, un transmisor y un chip que podía almacenar cinco horas de sonido.

Los puntos de iluminación son ideales para instalar aparatos de escucha. Primero, porque suelen encontrarse en un lugar espacioso y elevado de la habitación, donde resulta sencillo captar el sonido. Y segundo, porque el dispositivo puede conectarse fácilmente a una fuente de electricidad procedente de la red general.

Al estirarse al máximo para reemplazar la clavija, James oyó el sonido de desgarró que había estado temiendo toda la mañana: los pantalones se le rompieron por la costura de la entrepierna, dejando al descubierto unos llamativos calzoncillos.

Shak no pudo reprimir una sonrisa mientras encendía las luces de nuevo.

—Bonitos calzoncillos —le dijo.

—Después de todo, tal vez podré tener hijos —bromeó James—. ¿Qué toca ahora?

—Las llaves.

—Suponiendo que Stein las haya dejado aquí —repuso James, dirigiéndose hacia la chaqueta que colgaba cerca de la puerta.

Encontró un llavero en el bolsillo y luego sacó un paquete de tablillas de cera de la mochila. Entretanto, Shak había localizado algunos documentos interesantes en los

archivadores y los estaba copiando con un escáner manual.

Las tablillas de cera se separaban en dos piezas con forma de galleta. James fue poniendo las llaves entre ambas y presionando, creando moldes para hacer duplicados. Al poco de terminar con todas las llaves, el portátil emitió un pitido indicando que había acabado de copiar.

James volvió a sentarse delante del ordenador e instaló un programa espía en el de Stein con su equipo de pirateo. Este programa registraría todas las pulsaciones del teclado y luego las transmitiría encubiertamente a través de Internet al centro de control del MI5 en Caversham.

Shak había terminado con los archivadores. Sacó de su mochila una pequeña caja de metal cerrada con cinta aislante; semejaba la creación de un profesor chiflado. En realidad, había sido diseñada específicamente para captar y reproducir la señal que emitía el llavero del coche de Stein.

Shak encendió el artefacto uniendo con cinta aislante un cable al extremo de una pila. Activó un interruptor de la caja y le pidió a James que pulsara el botón del llavero de Stein. Hicieron falta dos intentos para que parpadeara una pequeña LED verde en el aparato, lo que indicaba que habían registrado la señal con éxito.

—¿Misión cumplida? —preguntó James.

Shak asintió mirando la hora.

—Sí, y nos han sobrado seis minutos.

Realizaron una inspección final para asegurarse de que habían recogido todo su equipo y dejado todo exactamente como estaba. Cuando sonó el timbre para el cambio de clases, salieron y se dirigieron a la planta baja. James era consciente del creciente desgarrón de sus pantalones, pero ninguno de los alumnos zombis del Trinity pareció reparar en ello.

Cruzaron la puerta principal del colegio y giraron a la izquierda, bajando por una suave rampa hacia un complejo deportivo de reciente construcción, debajo del cual había un aparcamiento para profesores.

Percibieron un tufillo a sudor al pasar ante la puerta de los vestuarios, donde un grupo de chavales de diez años se

preparaban para la clase de Educación Física. Luego recorrieron un pasillo flanqueado por fotografías históricas de los equipos de rugby del Trinity. Cuando llegaron a la puerta que conducía al aparcamiento del profesorado, James echó un vistazo alrededor antes de deslizarse junto al letrero de «Sólo personal» y descender un tramo de peldaños de hormigón. Todo parecía nuevo, sin apenas marcas de neumáticos en las líneas amarillas que delimitaban las plazas de estacionamiento.

Los muchachos identificaron de inmediato el cinco puertas plateado de Stein. Shak sacó la cajita de metal de su *blazer* y la puso en modo de transmisión, mientras James introducía una llave de concesionario en la puerta del conductor. Aquella llave estaba diseñada para abrir cualquier coche, pero no tenía insertado el microchip necesario para silenciar la alarma.

—¿Preparado? —preguntó James, y esperó a que Shak asintiera—. Tres, dos, uno... dale.

Hubo un fugaz aullido de la alarma entre el instante en que James hizo girar la llave y el instante en que Shak la anuló con su artilugio. James subió al asiento del conductor y levantó el seguro de la puerta del copiloto. Cuando Shak entró, su amigo ya había reclinado el asiento para extraer la cubierta transparente de la luz interior y desenroscar la minúscula bombilla y el accesorio de plástico plateado donde iba insertada. En su lugar encajó un recambio especialmente preparado que contenía un aparato de escucha. Una vez que estuvo bien asegurado en su sitio, James volvió a poner la bombilla y la cubierta externa.

Shak rebuscó en la guantera y revisó varias recetas y papeles en busca de algo interesante. Tomó un par de éstos y los copió con su escáner de mano. James inspeccionó los asientos traseros y la puerta del conductor, pero no encontró más que un mapa de carreteras y un montón de vasos de plástico estrujados.

—¿Listo? —preguntó mientras le daba a la palanca para levantar de nuevo el respaldo.

Shak asintió.

—Bien. Sólo nos queda salir de aquí sin que nos pillen.

James abrió la puerta, pero, cuando estaba bajando, reparó en una estilizada silueta femenina que emergía al pie de las escaleras.

—Mierda —masculló, cerrando la portezuela sin hacer ruido.

Shak echó una ojeada a la larguirucha mujer mientras ésta encendía un cigarrillo y le daba caladas como si le fuera la vida en ello. Se agacharon en sus asientos hasta que la mujer subió el siguiente tramo de escaleras.

Aguardaron un par de minutos antes de salir. El plan de la misión indicaba que los agentes debían esconderse en una zona desierta detrás del centro deportivo durante la media hora que faltaba para el término de las clases, momento en que podrían salir por la entrada principal junto con los verdaderos alumnos.

Al pasar otra vez ante los vestuarios, James reparó en que el profesor de Educación Física no había cerrado la puerta con llave después de que los chavales entraran en el gimnasio. Esparcidos por los bancos había más de una docena de pantalones con ribete naranja del Trinity.

—Tú vigila. Voy a agenciarme un par —dijo James.

A Shak no le gustó que su compañero corriera riesgos innecesarios, pero él tampoco habría querido regresar al campus con un gigantesco roto en los pantalones.

James desechó los dos primeros. Para tener trece años, estaba ligeramente por encima de la media, pero aquellos chavales de diez años aún eran más grandes. Por fin encontró unos que le parecieron bien. Se quitó los zapatos y se puso rápidamente los pantalones. Como no tenía tiempo de pasar todas las cosas al nuevo, formó una pelota con los desgarrados y los embutió en la mochila, encima de todo lo demás.

Salió del vestuario y empezó a desandar el camino por el que habían llegado.

—Espera —dijo Shak.

—¿Qué ocurre?

—Mientras te cambiabas, atisbé por esa ventana y vi lo que hay al otro lado de esa salida de incendios. En vez de ir hasta la parte delantera y rodear luego todo el edificio, podemos salir por aquí.

James cruzó el pasillo y miró por el cristal esmerilado de la puerta. Conducía a la parte trasera del edificio. Se encogió de hombros y dijo:

—¿Por qué no?

Accionó el pomo y empujó la puerta con el hombro. En cuanto lo hizo, un estruendoso timbre se disparó sobre sus cabezas. Los muchachos cambiaron miradas de susto cuando un corpulento profesor de Educación Física surgió del gimnasio y se encaminó raudamente hacia ellos.

—¿A qué diablos creéis que estáis jugando? —les espetó.

—¿Corremos? —susurró James.

Shak no respondió; su compañero sólo oyó el chirrido de unas suelas de piel cuando su amigo salió como un bólido hacia la entrada.

3. CABELLO

Lauren, la hermana de James, había querido teñirse el pelo de negro desde que tenía seis años, pero su madre nunca la había dejado, por mucho que se lo suplicara. Lo único que había impedido que Lauren lo hiciera en los dos años transcurridos desde la muerte de su madre era la sensación de que sería una falta de respeto a su memoria.

Finalmente, fue necesaria mucha persuasión por parte de su mejor amiga, Bethany Parker, que aseguró que había comprado el tinte negro por equivocación. Lauren no entendía cómo se podía comprar tinte negro «accidentalmente» y no se creyó la historia de Bethany ni por un segundo; pero una vez que el tinte estuvo delante de ella, en la repisa del cuarto de baño, fue incapaz de resistirse.

Lauren estaba bastante satisfecha con el resultado, especialmente cuando se puso su camiseta negra del grupo roquero Linkin Park y unos vaqueros desgarrados, y se alborotó el pelo hacia arriba al estilo punky. Pero no se sentía completamente segura, y no podía evitar inspeccionarse ante cualquier superficie reflectante, como si la menor ojeada fuera a revelarle algún aspecto milagroso que se le había escapado las novecientas noventa y nueve veces anteriores.

Mientras recorría un pasillo de camino a la Sesión Previa al Entrenamiento (SPE), iba de mal humor porque en la última clase de la tarde cuatro chavales se habían pasado todo el rato riéndose de su pelo. Eso no le habría dolido, pues eran la clase de idiotas que se burlarían de cualquier cosa, pero le

habían dado la tabarra casi una hora y habían acabado desquiciándola. Lo peor había sido tener que aguantar sus comentarios con una sonrisa tensa, porque sabía que cualquier indicio de que estaban sacándola de quicio sólo serviría para darles alas.

Miró el reloj al entrar en el aula donde se celebraba la SPE y se encaminó a una larga mesa con un cartel de plástico que rezaba «Equipo D». Los equipos A, B y C, de cinco miembros cada uno, estaban reunidos y armando alboroto alrededor de otras mesas. El C estaba liderado conjuntamente por Kerry, la novia de James, y la mejor amiga de ésta, Gabrielle, mientras que el A lo dirigía el mejor amigo de James, Kyle.

Lauren se detuvo al lado de Bethany Parker. El hermano pequeño de Bethany, Jake, estaba frente a ellas y Dana *Roquefort* Smith ocupaba el otro extremo de la mesa, tan lejos de todos como le era posible.

Jake tenía nueve años. No podría realizar el entrenamiento básico hasta que cumpliera los diez, pero su educación ya estaba orientada a convertirlo en un agente CHERUB. Jake tenía clases diarias de judo y kárate, y hablaba español y francés casi con total fluidez. Ahora, como el miembro más joven del equipo D, estaba preparado para las prácticas al aire libre.

Dana tenía catorce años, y era una adolescente bastante marimacho a la que CHERUB había reclutado en un centro de menores de Australia. Estaba sentada con sus largas piernas estiradas al máximo y los brazos cruzados sobre una mugrienta guerrera. Dana era una agente cualificada desde hacía cuatro años, pero, si bien había obtenido varios trofeos de kárate y tres victorias en el triatlón anual de CHERUB gracias a su imponente físico, no se había lucido mucho en el desempeño de sus misiones y seguía llevando la camiseta gris.

Lauren esbozó una media sonrisa al retirar una silla para sentarse.

—Hola, Dana.

—Hola, jefa —contestó ella sarcásticamente con su acento australiano, sin molestarse en cambiar la expresión de «no le gusto a nadie pero me da igual».

Lauren había descubierto que ser una de las más jóvenes del campus con camiseta azul marino tenía sus pros y sus

contras. Era genial en un sentido, pero resultaba violento cuando se encontraba jerárquicamente por encima de compañeros varios años mayores que ella.

—¿Dónde está tu hermanito? —preguntó Dana.

—James no vendrá a la reunión. Tengo que tomar notas por él. Estará de vuelta alrededor de las ocho.

Jake metió baza:

—Estás ridícula con ese pelo.

Lauren apretó los puños.

—No tan ridícula como tu cara dentro de un minuto.

El chiquillo chasqueó la lengua con desdén.

—Oh, qué miedo me das.

Lauren miró a Bethany y sacudió la cabeza.

—Los chicos son imbéciles —comentó.

—Ya lo sé —repuso Bethany, fulminando a su hermano con la mirada.

El aula enmudeció en cuanto entró el director de entrenamiento más despiadado de CHERUB. El señor Large iba seguido de dos de sus jóvenes ayudantes, los señores Pike y Greaves. Ambos encajaban a la perfección en el molde del instructor CHERUB: altos, atléticos, cercanos a la treintena y con el físico de boxeadores de peso pesado. Tanto Greaves como Pike eran ex agentes CHERUB que habían estado en unidades militares de élite después de dejar el campus.

Todo el mundo temía a Large, pero Lauren tenía más razones para temerlo que la mayoría. Él aún le guardaba un rencor feroz debido a aquel episodio en que cayó dentro de un agujero lleno de barro después de que ella lo golpeará con una pala.

—¡Silencio, cerdos! —bramó Large cerrando de un portazo.

Bethany se inclinó hacia Lauren y le susurró al oído:

—Le ha crecido el bigote. Como si se hubiera pegado un ratón sobre el labio.

A Lauren le hizo gracia la imagen de Large pegándose un roedor a la cara. No pudo reprimir una risita, y un segundo después el director estaba gritándole:

—¿Qué es eso tan divertido, damisela?

—Nada, señor —respondió ella apretando los dientes; atraer la atención de Large era la peor cosa que podía hacer.

—De modo que no estás riéndote de nada, ¿no? ¿Qué ocurre? ¿Acaso te has vuelto loca? Ponte en pie, niña. Todo el mundo ha de ponerse firme cuando habla conmigo.

Lauren se levantó rápidamente.

—Veo que ya te has ganado una camiseta azul marino —espetó el hombre—. Y ese pelo negro hace juego con tu negro corazoncito. Sigo pensando en ti todas las mañanas, Lauren Adams, cuando despierto con dolor en el punto de la espalda donde me golpeaste. En este mismo momento debería estar en Noruega con el señor Speaks y la señorita Smoke, dirigiendo un entrenamiento básico. Pero el dolor en la espalda me tiene aquí, delante de tu desagradable cara de pan. Eres vomitiva, Adams. ¿Qué eres? —Arqueó las cejas.

—Vomitiva, señor —respondió Lauren, a punto de llorar de rabia al recordar las horas de tortura que le había infligido Large durante el entrenamiento básico. Se habría sentido culpable de haber lastimado a cualquier persona que no fuera él.

—Colócate frente a la pizarra, Adams. Dentro de un instante podrás ayudarme con una pequeña demostración.

Lauren se dirigió a la pizarra echando humo mientras Large lanzaba una ojeada por el aula.

—¿Está aquí todo el mundo? —Y tras una pausa añadió—: ¿Dónde está el hermano mayor de Vomitiva?

—Lo han reclamado para una misión a primera hora de la mañana —explicó Bethany—. Pero se supone que estará de vuelta antes de las ocho.

—Perfecto —resopló Large, mirando ceñudo a Lauren como si aquello fuese culpa suya.

Ella se apoyó en la pizarra. Gabrielle y Kerry la miraron compasivamente y se encogieron de hombros como diciendo «qué remedio».

—Bien, mis pequeños bomboncitos. Este ejercicio está diseñado para proporcionaros experiencia trabajando como un equipo en un entorno de máxima presión. Para algunos será la primera experiencia de entrenamiento para misiones,

mientras que los miembros de más edad deberán poner a prueba su liderazgo y destreza para crear un equipo.

»Las reglas básicas son las siguientes. Hay cuatro equipos de cinco personas. Cada uno está dirigido por un agente experimentado de camiseta azul marino o superior. Estarán acompañados por otros tres agentes cualificados de camiseta gris o azul marino. Por último, cada equipo cuenta con un camiseta roja de nueve años, el cual probará por primera vez el sabor del entrenamiento CHERUB avanzado. Cada miembro recibirá seis huevos con su nombre escrito en la cáscara... es decir, habrá treinta huevos por equipo. Debéis llevarlos encima todo el tiempo.

»Tras un breve trayecto hasta el centro de prácticas de las fuerzas especiales, se dejará a los cuatro equipos en un complejo urbano de entrenamiento bélico a las ocho de la tarde de hoy. El equipo vencedor será el que esté en posesión del mayor número de huevos propios intactos doce horas más tarde. Esto es: las ocho de mañana por la mañana. Como ayuda para centrar vuestras pequeñas mentes, el equipo o equipos que finalicen con el menor número de huevos enteros disfrutará de una ducha fría extralarga antes de acompañarme en una marcha a campo traviesa cargados con pesadas mochilas, inmediatamente después de que concluya la sesión de entrenamiento.

»Los líderes del equipo deben decidir la estrategia que usarán. Podéis ser pasivos, escondiándoos. O agresivos, saliendo y dando caza a los miembros de otros equipos para destrozarse sus huevos. Encontraréis equipamiento extra muy útil repartido por el área de entrenamiento. Las únicas reglas son que debéis liberar a todos los prisioneros que hagáis en cuanto hayáis conseguido sus huevos. Y no podéis quitaros ninguna de las prendas protectoras, emplear tortura física, disparar a blancos que se hallen a menos de tres metros de distancia... Ah, y tampoco podéis patear a los chicos en las pelotas.

Todas las chicas gruñeron.

—Llevaréis dispositivos localizadores provistos de un botón de emergencia. Eso significa que sabré dónde estáis en todo momento y que puedo entrar en el complejo y sacaros

de allí si quebrantáis las normas o si hay un accidente. También hay cámaras de vigilancia por todo el recinto. Una sirena anunciará el final del ejercicio, o si hay que suspenderlo mientras nos ocupamos de una emergencia.

»Todos iréis armados con la última tecnología en simulación de combate. Es un sistema de munición sintética que se diseñó para entrenar a los marines norteamericanos. Para demostraros la diferencia entre este sistema y el convencional con balas de pintura, voy a utilizar a mi poco agraciada ayudante, la señorita Vomitiva.

Large le entregó a Lauren un rectángulo de madera de treinta centímetros de longitud y dos de grosor.

—Mantenlo delante del pecho y vete al extremo opuesto del aula.

Cuando la chica estuvo en su lugar, el director agarró una bala de pintura del escritorio, cargó un arma y efectuó un disparo. Impactó en la madera con un sonoro crujido, y Lauren notó una rociada de pintura lila en los brazos desnudos.

—Tiene poca potencia, escaso alcance y una precisión limitada—expuso Large, tirando la pistola al suelo despectivamente—. Ahora probaremos uno de éstos.—Y tomó un fusil de la mesa—. Esto sí es un arma. Un fusil de asalto AK-M fabricado en Hungría. En los últimos cincuenta años no ha habido ninguna guerra en que los soldados de uno o ambos bandos no hayan usado alguna variedad del Kaláshnikov. Eso se debe a que son compactos, ligeros y extraordinariamente sólidos.

Recogió un cargador en forma de plátano de la mesa, lo encajó en la parte inferior del arma y la ajustó para que disparara los proyectiles de uno en uno.

—Aunque me encantaría utilizar fuego real con Vomitiva, este AK está cargado con balas para prácticas y simulacros. Esta munición ha sido diseñada para proporcionaros el entrenamiento de combate más realista posible, salvo disparar balas reales.

Apuntó al cuadrado de madera. El ruido fue similar al producido por la pistola de balas de pintura, pero cuando el proyectil dio en el blanco, Lauren trastabilló hacia atrás y de la plancha brotó una nube de astillas. Al recuperar el equili-

brio, la chica descubrió que la bala había arrancado un buen pedazo del centro de la madera salpicada de pintura.

—Debido a la potencia de esta munición simulada, todos tendréis que llevar casco y ropa blindada de cuerpo entero —anunció el director—. No os quitéis nada a menos que sea absolutamente imprescindible. Se os entregarán botellas de agua especiales con pajitas que podréis introducir por los visores. Si os veis en la necesidad de orinar, comprobad que estáis en una posición segura y pedid a uno de vuestros compañeros que os cubra. Hay un alto riesgo de quedar cegado, de modo que mantened el casco y el visor en su lugar en todo momento.

Kerry alzó la mano.

—¿Sí, Kerrykins?

—Señor, ¿cuáles son las reglas si recibimos un disparo? ¿Debemos quedarnos tumbados diez minutos o algo así?

El jerbo se erizó cuando el señor Large esbozó una de sus más malévolas sonrisas.

—El principio que subyace en esta nueva generación de munición simulada es de lo más simple: si los reclutas temen que los alcance algo doloroso, actuarán de un modo similar a como actuarían en una zona de combate real. No hay estrambóticos sistemas electrónicos que os digan cuándo os han dado, ni normas sobre cuánto tiempo debéis permanecer echados en el suelo. Las reglas son muy sencillas: si recibís un disparo, os dolerá horrosamente.